

CAMINOS DE PAZ

Suena la palabra PAZ por todas las naciones y a su eco parece renacer la esperanza de tiempos mejores. La idea comienza a cristalizar en medidas concretas: paralización de las pruebas nucleares, planes para un desarme general... Pero si "del dicho al hecho hay gran trecho", parece que en las circunstancias actuales el trecho se transforma en profundo y ancho abismo, cuyos labios no pueden conectarse con puentes de estructura humana. Es que hemos caído en la mutua desconfianza. El olvido de las normas más elementales del orden jurídico, la conculcación o interpretación arbitraria y unilateral de los tratados, la doblez y el disimulo en la conducta nos han acostumbrado a escuchar todas esas bellas palabras con oídos de mercader. Al oír las todo el mundo automáticamente se pregunta: "¿Qué se esconderá tras esas palabras? ¿Qué intenciones se ocultan bajo esas proposiciones? ¿Qué intereses se buscan con esos planes?"

La reacción psicológica ha seguido fielmente la trayectoria peligrosa que preveía y denunciaba hace 20 años Pío XII en su radio-mensaje navideño de 1939:

NOS... procuramos persuadir a los hombres en cuyas manos estaba la fuerza... a que no dieran lugar a un conflicto armado y ahorrasen al mundo imprevisibles desgracias. Nuestros esfuerzos y los que, convergentes venían de otras partes, no lograron el suspirado efecto, porque, sobre todo, apareció inmovible la profunda desconfianza que, agigantándose cada vez más en los ánimos, especialmente durante los últimos seis años, llegó a elevar entre los pueblos barreras espirituales, de todo punto infranqueables.

No eran insolubles los problemas que se agitaban entre las diversas naciones, pero la desconfianza, originada por una serie de circunstancias particulares, impedía, casi con fuerza irresistible, que nunca más se pudiera prestar fe a la eficacia de eventuales promesas y a la duración y vitalidad de posibles acuerdos. El recuerdo de la vida efímera y

discutida de semejantes intentos o acuerdos terminó paralizando todo esfuerzo encaminado a promover una pacífica solución del problema.

Pero ni la elaboración de esa venenosa savia se detuvo ni su cosecha dejó de cuajar en frutos amargos. Y sin embargo era necesario insistir. Por eso, al año siguiente, 1940, al establecer Pío XII en su mensaje navideño algunas bases para la tranquilidad de los pueblos afirmaba que era urgente una victoria sobre la desconfianza:

"La victoria sobre la desconfianza que grava con peso tan deprimente el derecho internacional, haciendo irrealizable toda verdadera inteligencia; vuelta, por lo tanto, al principio: La incorruptible fidelidad humana de la justicia; a aquella fidelidad en la observancia de los pactos, sin la que no es posible una tranquila convivencia de los pueblos, y sobre todo una coexistencia de pueblos poderosos y de pueblos débiles. El fundamento, pues, proclamaba la antigua sabiduría romana, de la justicia es la fidelidad, esto es, la permanencia y la realidad de lo dicho y de lo pactado".

La Paz y sus condiciones.— La paz que se impone por la fuerza bruta es aparente y ficticia. Nada se nota en la superficie pero en las capas inferiores sordamente se incuba la lucha. Siempre hay una reacción que pugna por aflorar. Razón tenía Milton en su Paraíso Perdido al afirmar: "Un enemigo vencido por la fuerza solo es vencido a medias". "La resistencia del alma, tarde o temprano, revienta al exterior. Hoy día, fuerzas brutas tienen sometida a gran parte de la humanidad. El malestar se extiende por doquiera. Son más de actualidad que nunca las ideas que el 24 de Diciembre de 1939 Pío XII lanzaba al mundo, trabado en lucha mortal. Una de esas condiciones es la independencia de las naciones, entendiéndolo por independencia no sólo la liberación del yugo político ajeno, sino el derecho a una vida decorosa e independiente. Recojamos sus palabras:

"Un postulado fundamental de una paz justa y honrosa es asegurar el derecho a la vida y a la independencia de todas las naciones, grandes y pequeñas, potentes y débiles. La voluntad de vi-

vir de una nación no debe equivaler nunca a la sentencia de muerte para otra. Cuando tal igualdad de derechos es destruida, herida o puesta en peligro, el orden jurídico exige una reparación, cuya extensión y medida nunca debe ser determinada por la espada o el arbitrio egoísta, sino por las normas de la justicia y de la recíproca equidad".

Aquí tenemos un hecho que hoy provoca grandes inquietudes. Como los individuos, van adquiriendo también las naciones, conciencia de su personalidad, de su autonomía y de su independencia. En el consorcio de los pueblos no hay razón para que unos vivan ausentes, ni para que otros se presenten arrastrando las cadenas de la esclavitud o exhibiendo los harapos de la miseria. Ya el colonialismo tuvo su época y la forma de pasados tiempos se hace insoportable. En la gran familia de la humanidad, que día a día se siente más familia, con la supresión del espacio por la velocidad y el diálogo instantáneo por el radio, sabemos los unos las intimidades de los otros y las diferencias notables se hacen cada vez más irritantes.

Antes de la segunda guerra mundial explotaron con éxito Hitler y Mussolini la idea de que no podía haber naciones que TENIAN y naciones que NO TENIAN. Hoy el mismo fondo del problema ha hallado otra fórmula. No pueden coexistir eternamente, naciones DESARROLLADAS y NACIONES SUBDESARROLLADAS o EMERGENTES, en escala tan extremosa. Diferencias entre los pueblos necesariamente han de existir. La posición geográfica, la riqueza minera, la composición del suelo y subsuelo, la temperatura, las estaciones, el carácter, educación y cultura de mil factores que intervienen e influyen en el resultado final. Entre ellos, el decisivo es el factor humano, con su salud y energía física, pero mucho más con su inteligencia y su moralidad.

Un pueblo flojo no puede resistir la lucha con un pueblo laborioso, ni una nación pobre en recursos podrá competir en igualdad de condiciones con otra que es millonaria en ellos. De antemano se puede contar con el resultado de la lucha. El laborioso y rico anulará al flojo y pobre y establecerá el desnivel internacional con los mismos efectos que provoca den-

tro de las naciones el desnivel social. En ese momento se corre el riesgo de la explotación.

Urge, por lo tanto, crear primero el ambiente de preocupación por ese desnivel internacional y que las Naciones Unidas y otras organizaciones continentales lleven una labor similar a la que la Oficina Internacional del Trabajo efectúa en el campo laboral. Estamos en las primeras etapas: se han dado los primeros pasos. Pero, a la acción protectora de los más poderosos, deben sumar los débiles sus esfuerzos para resurgir. No es decoroso que haya naciones que deban clasificarse como perpetuos menores; que no tengan sentido de administración; que boten los recursos propios y ajenos en un alegre despilfarro; que quieran competir en carros, aviones y armamentos con naciones prepotentes y que, en un cambio de gobierno, dejen las arcas del Tesoro no solo exhaustas, sino comprometidas con deudas para un largo futuro.

No digo que las naciones capitalistas hayan tenido con Latino América una conducta ejemplar; en concreto Estados Unidos. Han cometido errores y graves errores. Los reconocen y parecen dispuestos a corregirlos. Pero, si somos sinceros, debemos reconocer también nuestra culpa. ¿Por qué no nos unimos? ¿Por qué no sumamos nuestros esfuerzos? El Banco Latino-Americano era posible, aún con la ausencia de los Estados Unidos. Un esfuerzo común con aportaciones anuales hubiera para esta fecha formado un capital considerable y se hubiera constituido un bloque económico respetable. Pero nada efectivo se ha hecho. Mucho discurso; mucha pirotécnica oratoria y sentimental; pero al mismo tiempo extendemos la mano en demanda de limosna con aire de mendigos y en plan de inferioridad.

Signos de bonanza.— Acabo de hacer una ligera alusión a la carrera armamentista de los países americanos. La conducta de algunos gobiernos es inconcebible. Las arcas del Erario se abren ampliamente para introducir por las aduanas aviones a propulsión, tanques, acorazados, submarinos, porta-aviones... Vuelan los millones al extranjero, mientras satisfacemos nuestra vanidad con un exhibicionismo tan ridículo como infantil. Las guerras hoy son muy caras y en sus exigencias muy superiores a nuestras posible economías.

La proposición del Presidente de Chile, Jorge Alessandri, abogando por la limitación de los armamentos en América Latina y su aceptación de parte del Presidente del Perú, Manuel Prado, proponiendo una reunión de estas naciones para su estudio han sido recogidos con visible satisfacción. Es significativa la declaración del Departamento de Estado de Norteamérica:

"El Presidente de Chile, Jorge Alessandri, ha encarecido enérgicamente la limitación de los armamentos en América Latina a niveles razonables basados en la defensa contra la agresión; y el Presidente del Perú, Manuel Prado, ha propuesto una reunión de las naciones del Continente Meridional más afectadas por la cuestión de los armamentos, para estudiar los medios de limitar la adquisición de armamentos a las necesidades esenciales de la defensa y permitir la liberación de recursos adicionales para el desenvolvimiento económico. Estados Unidos comparte las esperanzas expresadas por los Presidentes Alessandri y Prado en favor de la limitación de armamentos".

Debemos persuadirnos que América Latina, en un lapso de tiempo considerable, no será fuerte por las armas; pero conquistaría más respeto y atención con una sólida economía. Los miles de millones tragados vorazmente por el Moloc de Marte hubieran tenido un rendimiento más provechoso en escuelas, viviendas, hospitales, iglesias, carreteras.... Hoy vemos que nuestros buques, andan, como enfermos crónicos de dique en dique, cabeceando en prematura vejez, sin haber disparado un cañonazo en acción bélica.

Por otra parte, las organizaciones internacionales adquieren, día tras día, mayor consistencia y pueden solucionarse por tranquilos cauces jurídicos muchos problemas que antes se ventilaban exclusivamente en los campos de Batalla. Una poda racional por los predios de Marte sería muy fructífera para los pueblos.

Una lección ejemplar. Al rumorarse el plan del Mercado Común Europeo provocó en muchos una sonrisa burlona. La idea estaba tan erizada de dificultades que la transformaban en una bella utopía. Inglaterra permaneció en su augusto aislamiento. A las invitaciones hechas respon-

día que ni sus relaciones con el Commonwealth, ni con Estados Unidos y aun con la misma Europa, dejaban margen para su aceptación. Pero la idea siguió siendo acariciada; comenzó a cristalizar en reglamentos y actividades. Ya se cosechan espléndidos resultados. España, Grecia y Turquía piden su inclusión como miembros. La idea de Comercio libre de Inglaterra ha fracasado. Busca ahora la formación de otro bloque con Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Austria y Portugal, pero le da el carácter de un remiendo; la considera más bien como una base sobre la cual construir un puente con el Mercado Común.

Los comentarios de la Prensa inglesa son alarmantes. De error histórico califican unos esa política y temen que se halla su patria, aislada de Europa, mientras otros creen que se le ha escapado de las manos el poder de influenciar los sucesos de la Europa Continental. Busca Mac Millan la solución de esta dificultad y con ella relacionan muchos la visita del Ministro de Relaciones Exteriores Selwyn Lloyd a su colega francés Couve de Murville y la invitación al General de Gaulle, como huésped de honor de la Reina Isabel, el próximo Abril.

Más aún, el 30 de Noviembre, en ocasión solemne afirmó en París, John Profumo, Ministro de Estado para R.R. EE. del Gobierno de Londres: "La gigantesca marea de acontecimientos que se originan en Europa ha dejado una roca de verdad. Ella es que Gran Bretaña es ahora parte de Europa y si nosotros, los de Europa Occidental deseamos seguir siendo una verdadera influencia en favor de la paz y el orden en el mundo, deberemos unirnos de alguna manera".

Así la prepotente Inglaterra, la altiva aislada busca inquieta lo que antes desdeñó, por el peligro que corre de quedar trágicamente marginada.

Buena lección para la América Latina. Porque si seguimos con nuestras múltiples e impermeables fronteras y no comenzamos a romper las dificultades, seguiremos siendo débiles y es peligroso presentarse siempre ante los demás en actitudes mendicantes. Para hacerse respetar hay que hacerse digno de respeto. Entonces el trato será entre iguales.

VICTOR IRIARTE, S. J.